

LA LUNA NARANJA

por ISAAC DE VEGA

Tuviera gracia, en circunstancias menos aflictivas, encontrarse en este chalecillo, a más de media ladera. Abajo el pueblo, sepultado en un insólito paisaje de nieve; y la Luna sobre el horizonte, hacia la derecha. Una Luna grande, luminosa; de un bello color naranja, compacto, siniestramente movable. El amigo muestra, especialmente con él, una ampulosidad pedante. Hoy permanece lejos, no se sabe si vivo. Años atrás le condujo hacia estos parajes: buscaba solar para una construcción de estudio y reposo. Su ser literario le indicó este difícil lugar. Trabajo costosísimo. Con dinamita volaron un trozo de ladera y de la roca se alzaron los muros, piedra sobre piedra, anchos, al antiguo estilo. Quedó una obra pequeña pero buena y, en opiniones, bonita.

La pendiente de euforbios desciende hasta los cultivos y casas de la aldea. Un agradable paisaje. Falta el agua: un aljibe para recoger las lluvias.

—He salvado esta gruta, de indudable interés arqueológico —explicó—. La parte posterior la comprende y engloba. Se penetra en ella desde la casa. La he limpiado; reuni los restos que el vandalismo perdonó. Ahí quedarán para contento de algún estudioso, que de un diente puede reconstruir un elefante.

La gruta resulta una habitación más, la más trasera, apilados en montoncitos, sobre corta tarima, huesos rotos y casi desechos. También una diminuta pirámide de trozos cerámicos. Y, en su verdadero uso de bodega, una veintena de sacas de carbón vegetal y unas cuantas cargas de leña, haya y brezo.

—Aproveché la permanencia de los mulos. Es, hoy, difícil alquilarlos... Ya no se consume carbón ni leña. Muy rara su venta. El butano... Hice un favor a los horneros y leñadores, almacené todo esto. Es agradable y nos revive a viejos tiempos, más humanos, el fuego de la chimenea; y la silenciosa llama del brasero, que hace hervir las marmitas.

En la taberna del pueblo habla al estilo de sus gentes, bebe vino tinto, mastica rodajas de salchichón.

Sigue en sus explicaciones. Alza la lámpara de gas e ilumina perfectamente los últimos rincones. Perfeccionado orden. Indica una oquedad más oscura, casi redonda, de un metro de diámetro. Está cubierta de tablas rústicas. No desentonan. Un grueso candado.

—Ahí está otra gruta, una subgruta más bien, larga de cincuenta metros que sé, por tus aficiones, despertará enormemente tu interés. Yo la descubrí. Estuvo disimulada con unas rocas —Se engalló aún más y su voz adquiere un tono misterioso—. Te interesará. En sus paredes resaltan numerosos dibujos e inscripciones, indudablemente antiquísimas.

Sí le interesó al amigo; sus ojos tuvieron un instantáneo brillo. Consumió años, fanáticamente, en tan difícil estudio.

Vio el ademán y le detuvo.

—Ahora no es la ocasión. Más adelante, cuando llegue su tiempo.

No comprende la necesidad de la espera. Acaso su espíritu neciamente fantasioso y de comedia. Por estos lugares... Posiblemente aún no ha terminado de inscribirlos. Se tranquiliza.

—Quisiera ser el primero en verlas, antes que los científicos —condesciende amable—. Me apasiona el tema.

El hizo amicales gestos de paciencia y que, desde luego, así sería.

—También tengo una pequeña cocina de butano —informó—. Es cómoda para las pequeñas cosas. Los desayunos, un poco de té...

Ahora está solo en la casa, aislado, la nieve fuera, y no le mueve curiosar las falsas inscripciones. Coloca un par de leños en el fuego, limpia los cristales de una ventana —las demás herméticamente cerradas— y mira. Sobre el horizonte está la anaranjada Luna, de una extraordinaria belleza, lejana, terrible y largamente cósmica, luminosamente sombría y anonadante.

* * *

Al principio dijeron: Vamos a tener un verano fresco y agradable. Después no gustó tanto. “El polvo del desierto enturbia el aire; el Sol se ve rojizo”. La temperatura cae, disminuye cada día. Se asustaron. Inquieta atención a radios y televisores. Fenómeno inexplicable, sabios desorientados. Pánico.

Con su hermana, en la aldea. Vacaciones. Y el macizo marido y los mareantes hijos. Mala suerte antigua. Apenas bachiller, el súbito y azorante peso de la familia. Una madre apabullada y gimiente, dos hermanos menores; la hermanita, de un año escaso. Oficiosas ayudas para buscarle empleo. Entonces, con su título, no fue difícil: se colocó en un banco. Abandona por un tiempo su vocación supuesta: el propósito de transformarse en un Schliemann u otro de aquellos que desenterraban ciudades antiquísimas, descifraron tablillas, explicaban inscripciones. Adaptado a la nueva vida, consulta a los antiguos profesores. “Tienes que estudiar hebreo y púnico, están enlazados”, indiferentes. Con el tiempo mantuvo coresponsalías con personajes importantes. Domina el hebreo y el fenicio. Reproduce láminas de inscripciones, compara signos. Así los años, acumulando, repartiendo entre los hermanos algún oportuno cincarazo. Los colocó a todos.

Cayó la primera nevada, larga, interminable, donde en milenios, o nunca, hubo nieve. Las frenéticas noticias de radios y periódicos. Regiones sublevadas. Tranquilizaciones de astrónomos: el fenómeno ha de cesar; el Sol tiene fuerza para incontables períodos. Se interpone una nube solar, reflectora, a cinco millones de kilómetros de su superficie; desaparecerá en breves días, estallando. Si, el Sol aunque apenas calentaha, tiene un tamaño mayor. Fue rojizo, después casi verde. Cambia su color y la tierra se cubre de una costra de hielo.

Turbas enloquecidas ocupan las centrales atómicas, con calor para años. Aquí brotó la esperanza de los Depósitos del Puerto. Guarda almacenadas unas noventa mil toneladas de petróleo. Gastando mil por día basta para cien. Y siguen noticias así.

Quemaron las mesas, las sillas. El doloroso frío. Sacrifican sus libros. La hermana, una fierecilla desconocida, un instante gritó:

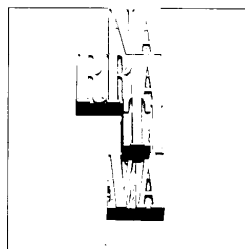
—¡Eres idiota! ¡Los niños! ¡Qué vale esa basura!

Estaban vestidos de trajes superpuestos, monstruos de tela.

El coche no arranca. Está helado. Y la hermana:



Paco Juan Déniz



—¡Los Depósitos! ¡Tenemos que salvarnos en los Depósitos! ¡Y tú, idiota, arregla eso! ¡Vamos! ¡Vamos!

Prendieron los últimos papeles bajo el motor. Milagrosamente, se puso a funcionar. La calefacción. El pueblo alrededor está muerto, cubierto de compacta nieve; y las montañas, todo. Los árboles helados, fantasmas blancos. El aire inmóvil. No se ven personas. La temperatura fue de treinta grados bajo cero. Sintió alivio, pero también “¿Qué vamos a hacer en los Depósitos del Puerto? Absurdo. Ni siquiera llegaremos por esa pista patinante.” Además, surgieron jefes naturales que ordenaban, ametrallaban a las gentes. Pequeños dioses de salvación, enérgicos héroes para la Historia.

—Vuelvo enseguida —dijo.

Un par de libros que quiere salvar. Están enterrados en un rincón del jardín, bajo la nieve. Estaba helada, fueron inútiles las manos. Clama la bocina del coche, imperiosa. Mira la buganvilia, sin flores ni hojas. Resguarda las manos al calor del vientre. Sus ramas se adelgazan y cubren una red; están envainadas en una cubierta de hielo, barbada hacia abajo y con finas agujas. Nuevamente la bocina. Semeja un grande y fantasmal coral levemente rosa. El ruido del motor adquiere rápida aceleración; se atenúa en la distancia.

El frío es intolerable. Tres pantalones, cuatro jerséis..., todo escaso. Penosamente penetra en la devastada vivienda. Cenizas, basura. Las puertas las hicieron fuego. No queda sino dejarse morir. Afuera, los caminos, los espacios, las casas todas blancas, dormidos. De alguna surgen columnas de humo. Aún resta vida. Pero no le dejarán entrar... La casa del amigo de la ladera; sus reservas de leña y carbón...

Se esfuerza en caminar rápido. Los pies son insensibles masas minerales. Recorre los deslizantes caminos, remonta las casas. El silencio, el aire quieto, la nieve helada y dura. Comienza a subir. Casualmente, un vistazo al mar. Una blanca llanura petrificada y matizada por el color del Sol, de un Sol moribundo de débil luz. Sigue ascendiendo. Tiene la llave. El amigo: “Dale una vuelta de vez en cuando. Conviene que se ventile”. Resbala sobre el hielo y desciende vertiginoso por más de treinta metros. Le detiene un gran cardón que se rompe en chasquidos metálicos. Finalmente, tras la lucha con la llave, entra.

* * *

En el hogar, el gran fuego oscilante, variable. Fuera, el Sol queda en un maravilloso color naranja. La radio comunicó temperaturas próximas a los cien grados. Fue su última emisión. Rompe la tinaja y su masa de hielo para obtener agua. Los alimentos no son muchos, unas cuantas latas de conserva. Racionándose, para unos días.

Decide ocupar la cueva, la más interior; protegerse en las entrañas de la Tierra. Podrá distraerse con las inscripciones fabricadas por el amigo. Una última mirada por la ventana. La gran Luna naranja ilumina fantásticamente el pueblo y las montañas, y refleja una débil luz sobre la brillante cubierta. Crea, dentro de la habitación, una fantasmagórica, desvanecida luminosidad. Abajo está un mundo quieto, inmóvil, sin humo, de árboles ya petrificados para siempre.

Lleva los fragmentos de tizones y penetra el estrecho subterráneo. Se ensancha, no más de un par de metros. Tuvo que romper el candado. Sus paredes son vítreas, intensamente negras, lisas. Alguna protuberancia ampollosa. Acarrea los últimos sacos de carbón, la vela que resta, la lámpara de butano. Sobre el suelo se aviva el carbón y desprende unas lenguas azulencas, casi incoloras, destellantes en los ojos solitarios y cansinos. Envuelto en una manta se recuesta contra la pared. Y allí, frente a sus ojos, a la brillante luz, descubre los famosos signos. Ocupan un paño liso de unos dos metros de ancho por uno de altura.

Se recuesta mejor. Deja la manta, se distiende, respira. Está protegido en esta gran matriz negra, como de viejo vidrio, acogedora y cálida. Al exterior está el infinito frío y la pálida luz naranja espectral, ajena.



Vuelve en sí. Queda en suspenso el miedo de tantos días, y hasta le surge una sonrisa a la vista de las inscripciones, a buril, y luego repasadas minuciosamente con pintura roja. La preparación del amigo y su negativa a mostrarlas. Esperó tenerlas listas. Un trabajo agotador, no pudo acabarlo. Unas ringleras, próximas al suelo, estaban sin cubrir del resaltante rojo.

Entonces queda serio y absorto en la contemplación; solamente es falsa la pintura... Se arrodilla ante los signos, los recorre con los dedos y, durante horas, se abstrae del mundo y de toda pasada peripecia. Antiguo, muy antiguo. Su intuición lo remonta a fechas que no se atreve a concretar. Las grafías cuanto más primitivas, más sencillas. Sobra el conocimiento del idioma, son universales. Está un ave, esquemática, de interpretación difícil. Puede ser el mismo animal; puede indicar rapidez; puede traducirse por su graznido, onomatopeya de sí o de no, o peligro, o cualquier palabra; pero por la antigüedad no espíritu o alma, eso es posterior. La traducción es asequible. Un pueblo analfabeto moderno, sometido a gran tensión y con necesidad de representar, lo haría con parecidos signos. Está una línea horizontal ondulada, el mar. Reunión de puntos evidencian cantidad. Buscar algo que represente embarcación; también imágenes de lunas, o de soles. Serían tantos meses, tal dirección, tantos barcos. Esa horrible sintaxis tan diferente de la nuestra...

Se recuesta. Cierra los quemantes ojos. La supone, con certeza en su corazón, unos diez mil años; cuatro mil anterior a las antiguas sumerías. Está como una chata montaña cruzada de líneas onduladas: tierras hundidas en el mar. Tal vez la historiada Atlántida. Un trozo, provisionalmente, se puede traducir así: "Estuvimos dos meses llevados por las aguas, y las gaviotas (el ave) nos anunciaron la proximidad de la tierra". Pero es sólo suposición. Se necesita trabajar apriorísticamente a base de signos aparentemente claros; agregar los demás y obtener expresiones congruentes. Ver si valen. Darles un nuevo valor y volver a empezar. Cree resolverlo en el plazo de un año.

Entonces, involuntariamente, sonríe. Tiene fuego y alimentos para poco. Ha sido una grandiosa frustración. Desde el remoto principio estaba determinado. Hay como dos líneas, la de su vida de anodino empleado incurso en aficiones que triunfaron sobre la adversidad; y otra, desconocida, que debe dar sentido a los gratuitos actos. Líneas que inexorablemente confluyeron en este rincón y en estos minutos. Pero hubo un desfase, algo que lo transformó inútil. No queda tiempo.

Se agranda una cólera y una desesperación. El es un pobre hombre culpable de nada. La entelequia tuvo todos los hilos y destinos; sin embargo fracasó. El Universo es una enorme frustración, un enorme sin sentido.

Se achica, desasistido. Fuera, el hielo, la Luna naranja, al apagamiento... Pronto se romperá la costra reflectora del Sol, su calor volverá a inundarnos, incluso con más fuerza. Hasta los hielos antárticos se fundirán. Despectivamente, lo duda.